

Marcello Caetano: el largo camino hacia el poder*

HIPÓLITO DE LA TORRE GÓMEZ
Departamento de Historia Contemporánea UNED

Marcelo Caetano: The Long Way to Power

RESUMEN

Esta nota biográfica no tiene otro valor que el de introducir al lector español en los principales momentos de la peripecia política de Marcelo Caetano. Trata de mostrar su dilatada carrera en el Estado Novo, sus complejas relaciones con Salazar, su lealtad y su independencia en relación con el poderoso Presidente del Consejo, así como su permanente espíritu crítico y su posiciones reformistas que trataría de llevar a cabo sin éxito cuando en septiembre de 1968 sucedió a Oliveira Salazar.

PALABRAS CLAVE:
Biografía Marcelo Caetano. Salazar. Salazarismo

ABSTRACT

This biographical draft is just an attempt to introduce the Spanish reader into the main landmarks of Caetano's political path before reaching power. It tries to show his long political career, his complicated relations with Salazar, his loyalty for and independence from the powerful dictator, as well as his long-lasting criticism and persistent reformist ideas which eventually he would have the opportunity to carry out, albeit with no success, from September 1968.

KEYWORDS:

Marcelo Caetano's Biography. Salazar. Salazarism

* La obra fundamental para conocer la biografía de Marcelo Caetano son sus propias memorias, por cierto, magníficamente escritas (*As minhas memórias de Salazar*, Lisboa, Verbo, 1977). Su *Depoimento*, Rio de Janeiro, 1974 (traducción española: *Testimonio*, Madrid, Paraninfo, 1975) aborda el período de su mandato. Su dilatada trayectoria política hasta 1968, y sus complejas relaciones con Salazar, están descritas y abundantemente documentadas en José Freire Antunes, *Salazar e Caetano. Cartas secretas, 1932-1968*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993. Una breve y enjundiosa noticia biográfica es el artículo de Fernando Rosas («Caetano») en F. Rosas y J. M. Brandão de Brito (dir.), *Dicionário de História do Estado Novo*, Venda Nova, Bertrand, 1996, vol. I, págs. 110-112. Ensayos interpretativos, distintos y ambos inteligentes, son: Jorge Borges de Macedo, «Marcelo Caetano e o marcelismo», en J. Medina (dir.), *História de Portugal*, Lisboa, Ediclube, 1993, vol. XIII, 263-282, y Vasco Pulido Valente, *Marcello Caetano. As desventuras da razão*, Lisboa, Gótica, 2003 (3.^a ed.). Referencias retrospectivas de interés pueden hallarse en Serrão, Joaquim Veríssimo, *Marcello Caetano. Confidências no exílio*, Lisboa, Verbo, 1985 y *Correspondência com Marcello Caetano, 1974-1980*, Venda Nova, Bertrand, 1994. *A porta de marfim. Evocação de Marcello Caetano* (Lisboa, Verbo, 1992), de Maria Helena Prieto, aporta sugerativas pinceladas para un autorretrato psicológico e intelectual del personaje, sin duda reflejo de la derrota y del exilio, pero también revelador de rasgos permanentes de su personalidad.

Marcelo Caetano nació en Lisboa el 17 de agosto de 1906 en el seno de una familia de recursos limitados, donde la figura del padre, modesto funcionario de Aduanas, serio y trabajador, representó sin duda un ejemplo del valor del esfuerzo. Por influencia de los compañeros, en 5.º curso del Liceo optó por las letras, abandonando sus iniciales propósitos de cursar la carrera de Medicina, y luego, también el influjo de los condiscípulos le condujo hacia el Derecho, que ofrecía salidas más prácticas, frente a sus proclividades literarias. No le resultó al principio fácil hacerse con el sentido de las nociones jurídicas, que sólo más tarde llegaría a comprender en todo su alcance, lo que vendría a influir en el empeño que puso desde entonces por convertirse en un docente claro y preciso. Nunca creyó en la vocación como impulso irrefrenable, ni siquiera en el sacerdocio. El pragmatismo y la racionalidad fueron siempre componentes de una estructura intelectual con indudables rasgos de escepticismo.

Fue un alumno trabajador, que en 1927 obtuvo la Licenciatura. Pero también un estudiante comprometido y activista en aquellos tiempos agitados por el radicalismo de la I República que llevaba a sus cotas más altas la crispación de la sociedad portuguesa. El joven Marcelo Caetano hizo sus primeras armas de intervención contestataria en la Juventud Católica, donde trabó una amistad duradera con otro de los futuros notables del salazarismo, Pedro Teotonio Pereira. Su juvenil radicalidad demofóbica encontró natural acomodo en el Integralismo Lusitano, que en la posguerra fue el principal vivero intelectual de activismo contrarrevolucionario, tradicional y nacionalista, desde donde también resultaba fácil que la generación más joven se sintiera atraída hacia posiciones próximas de la coetánea modernidad fascista. Expresó su militancia radical en diversas publicaciones de combate al demoliberalismo republicano, objeto por entonces de una crítica densa y bastante generalizada en la opinión del país. En 1926-27 fue el principal impulsor y sostenedor de la efímera revista *Ordem Nova*, subtitulada «antimoderna, antiliberal, antidemocrática, antibolchevista y antiburguesa; contrarrevolucionaria, reaccionaria, católica, apostólica y romana; monárquica, intolerante e intransigente». En 1927 formó parte de la redacción de la revista *Ideia Nacional*, fundada por el integralista João de Ameal y, tras su temprana desaparición, pasó a integrar el equipo del influyente diario monárquico y católico *A Voz*, que dirigía Fernando de Sousa. El Marcelo Caetano, ideólogo y doctrinario político, se expresaba muy tempranamente en aquellas actividades periodísticas, a las que también le llevaban sus aficiones literarias. Su pluma fue siempre fácil y precisa.

Después de un breve paso por el registro civil de Óbidos, se instaló en Lisboa para seguir la carrera docente en Derecho que constituía su principal ambición. Entró de la mano de su antiguo condiscípulo, Pedro Teotonio Pereira, en la Compañía de Seguros Fidelidad, y colaboró con él en el asesoramiento jurídico de la reforma de los seguros que por entonces tenía entre manos el ministro de Finanzas, Oliveira Salazar. Sabiendo éste de su intervención y de que estaba preparando un doctorado en ciencias político-económicas sobre la estabilización de la moneda, le ofreció el importante cargo de auditor jurídico del Ministerio de Finanzas, del que

tomó posesión a finales de 1929. Tenía tan sólo 23 años. Se iniciaba entonces una larga e intensa carrera política en el régimen salazarista y una relación compleja con Salazar, donde la admiración y la lealtad de fondo convivieron siempre con una libertad de criterio y un empeño de independencia personal que harían de Marcelo Caetano el «amigo incómodo», según sus propia expresión.

Marcelo Caetano se rindió enseguida a la inteligencia política y al modelo autoritario de Estado que estaba forjando Salazar, donde descubría una combinación de firmeza, de legalismo institucional y de moderación, alejada de los excesos demagógicos del coetáneo fascismo. Y fue abandonando muy pronto sus extremismos de juventud. Su estancia en Roma, en abril de 1938, le reafirmó en su idea de la superioridad de la «fórmula» portuguesa, que consideraba más honesta y seria que la italiana. Conservará sin embargo algunos rasgos profundos de su formación originaria que no sintonizaban del todo con el sesgo provinciano y personalista de Salazar: su fe en el corporativismo, como modelo efectivo de organización económica y de genuina representación política de los intereses sociales; el impulso a la modernización, sin las cautelas ruralistas del salazarismo; el desarrollo de una acción social generosa. Las frecuentes referencias que hasta el final de sus días aparecen en sus escritos a la «estupidez» y el egoísmo de la burguesía constituyen un reflejo latente —acaso producto de sus propios orígenes sociales— del radicalismo social de juventud, nunca del todo extinguido. Marcelo Caetano creará también en el régimen del *Estado Novo* —en sus posibilidades de un funcionamiento objetivo e institucional—, desde luego mucho más que su propio creador, cuya rápida acumulación de poder generó muy pronto una praxis dictatorial marcadamente personalista que neutralizaba de hecho el valor teórico de las instituciones. Siendo así, nadie que no fuera un lacayo del poder —y Caetano no lo era— podía albergar ambiciones políticas de envergadura sin empeñarse en la defensa del régimen frente a la primacía de la «situación».

En 1930 contrajo matrimonio con Teresa de Barros —hija del notable escritor, pedagogo y político republicano João de Barros— con la que constituyó una familia de varios hijos. A lo largo de esa década, Marcelo Caetano desempeñó un papel importante en la puesta en marcha del sistema institucional del régimen salazarista, al tiempo que desarrollaba una brillante carrera como intelectual y profesor universitario. En 1931 se doctoró, y dos años más tarde ganó por concurso la plaza de Profesor en la Facultad de Derecho de Lisboa. Fue desde entonces una de las figuras más notables del panorama jurídico e intelectual portugués, como docente, productor de doctrina e investigador en diversas disciplinas (Historia del Derecho y de las Instituciones, Derecho Administrativo, Economía Política, Derecho Constitucional o Derecho Colonial), sobre las que vendría a publicar abundante número de estudios, muchos de los cuales marcarían época.

Desde la aproximación a Salazar, en 1929, como auditor jurídico del Ministerio de Finanzas, tuvo destacada participación en el lanzamiento de la Unión Nacional (formando parte, en 1931, de su primera Comisión Ejecutiva) y contribuyó de ma-

nera importante a la redacción de la Constitución Política de 1933. Se implicó también con entusiasmo en la organización del corporativismo, rechazando sin embargo la oferta para dirigir la Subsecretaría de Estado de Corporaciones, creada ese mismo año, (que vendría a ocupar su amigo Teotonio Pereira) por discrepar de la institucionalización administrativa de un sistema que, a su juicio, debía articular las relaciones del conjunto del cuerpo social. En 1935 encabezó la organización de un crucero juvenil de vacaciones por las colonias portuguesas, entrando en contacto directo con el mundo colonial, que sería una de sus preocupaciones y de sus pasiones. Y al año siguiente redactó el Código Administrativo —consonante con el modelo centralista y corporativista del nuevo Estado— que entraría definitivamente en vigor en 1940. En suma, el joven y brillante profesor Marcelo Caetano presió a lo largo de la década de los años treinta un servicio de primer orden —en el terreno jurídico, doctrinal e incluso político— a la construcción del edificio institucional portugués sobre el que se estaba asentando el creciente poder personal de Oliveira Salazar. Sus espacios de intervención dentro del régimen tuvieron desde el principio una naturaleza medular: la política interna, las instituciones, la doctrina y la movilización social, sobre todo la de la juventud con la que el docente universitario, que nunca dejó de ser, mantuvo una relación estrecha y esperanzada. Con Armindo Monteiro y Teotonio Pereira, Marcelo Caetano fue uno de los grandes del *Estado Novo*, capaces de expresarse con frontal autonomía política y personal ante Salazar. Pero, al contrario de aquellos dos —«grandes señores», un tanto *snob* y periféricos, sobre todo Monteiro— Caetano se implicó desde el principio en el centro político e institucional del régimen, donde latía el sistema y se sentía de cerca el impacto social de las decisiones. Sin embargo, durante los años treinta su activismo se ejerció en las bambalinas del poder, dentro de una relativa penumbra, propicia a la ingeniería política, pero sin cargos de relieve. Las relaciones con Salazar nunca fueron completamente despejadas, porque resultaba difícil que el radicalismo juvenil y la autoestima puntillosa de Marcelo Caetano se conciliaran sin desajustes visibles con la praxis personalista, el perfil ideológico conservador y la psicología recelosa del dictador portugués.

En 1940 aceptó el cargo de Comisario de la *Mocidade Portuguesa*, que había sido creada en 1936 según el modelo movilizador fascista por entonces tan en boga. Fue un punto de inflexión importante en su carrera política. El puesto era atractivo para alguien con la vocación docente de Marcelo Caetano y su fe en la socialización del régimen. También su viejo radicalismo social parecía adecuarse bien a las oportunidades del cargo. Sin embargo, el nuevo Comisario, que había sido en su juventud «boy scout», imprimió un sesgo más neutralista a la organización, despegándola visiblemente del la originaria impronta fascista, sobre todo a medida que el curso de la guerra comenzaba a inclinarse a favor de las potencias aliadas. Por otra parte, la dirección de la *Mocidade Portuguesa* le ofreció importantes oportunidades. La desfascistización bajo su mandato auxilió sin duda a la reorientación internacional del régimen en sentido aliadófilo y le aportó al Comisario un perfil definitivamente alejado de sus antiguas posiciones radicales. También le

permitió avanzar en la creación de una red de afinidades políticas y de fidelidades personales entre la juventud. Finalmente, aquellos años de viajes y de contacto con la sociedad portuguesa en los cruciales tiempos de la guerra, y aquel puesto, de cierta importancia institucional, convirtieron a Marcelo Caetano en un crítico desinhibido y frontal de la anquilosis del régimen a través de una impactante correspondencia personal con el propio Salazar. En ella denunciaba el abandono de la política social, la parálisis del proyecto corporativo, el enriquecimiento descarado de la plutocracia nacional (la oportunista y «estúpida» burguesía), el déficit del funcionamiento institucional por la abusiva personalización del poder, la ausencia de comunicación entre el Gobierno y la sociedad y los excesos del sistema represivo. No ponía en entredicho ni la bondad teórica del sistema, ni la excelencia política, por todos reconocida, del Presidente del Consejo. Lo que expresaba en su crítica era justamente la idea de que el régimen estaba desvirtuándose, cuando, a su juicio, poseía los recursos institucionales e ideológicos para desarrollar una acción política de genuina representación de los intereses nacionales a través de una práctica más movilizadora y pedagógica que impositiva; más reformista que reaccionaria. El Marcelo Caetano, que estaba asistiendo a la ofensiva huelguística de los años 43-44, a las expectativas exultantes de la oposición democrática y a la desmoralización de los partidarios del régimen ante el avance de las potencias Aliadas, sólo veía enfrente un poder esclerosado e insensible a la nueva situación. Creía sin embargo en las potencialidades funcionales del *Estado Novo* como vehículo de la opinión y de las aspiraciones de la sociedad portuguesa. Y hacía, en su llamativa correspondencia personal con Salazar, expresa profesión de fe en la capacidad representativa de las instituciones y en una praxis política social y abiertamente reformista.

Con la guerra en su tramo final y reorientada la neutralidad portuguesa hacia la colaboración con los Aliados (cesión de bases a los británicos y americanos en las Azores; embargo de las exportaciones de wolframio) una vez que los riesgos de una reacción alemana se habían minimizado, a principios de septiembre de 1944 Salazar acometió una remodelación de gobierno pensando en los desafíos al régimen que sin duda había de traer la posguerra. El crítico Marcelo Caetano, que pasaba en San Martinho do Porto las vacaciones familiares de verano, fue invitado a formar parte del nuevo equipo gubernamental. El Presidente del Consejo quería tenerle dentro para que pudiera expresar sus puntos de vista, pero Caetano sospechaba que se trataba de una maniobra para neutralizarle, y no se privó de volver a la carga criticando abiertamente la ausencia de reuniones del Consejo de Ministros, la falta de coordinación y, en suma, la carencia de un verdadero trabajo de gabinete. No estaba tampoco dispuesto a entrar sin un cometido ministerial atrayente, por lo que rechazó la cartera de Justicia, que en primera instancia le ofrecía Salazar. Aceptó en cambio la de Colonias, donde podía dirigir con gran autonomía de poder un complejo mundo de funciones en un escenario que conocía directamente, que había estudiado con atención y que sentía con pasión desde aquel crucero de vacaciones de 1935. Aún así, Marcelo Ca-

etano puso sus condiciones: había que sustituir la orientación centralista por una política de descentralización que, además de facilitar el desarrollo de los territorios de Ultramar, venía impuesta en la posguerra por las conocidas ideas de los Estados Unidos. Salazar pareció asentir.

El nuevo ministro se tomó tan en serio su cometido, que al cabo de un año ya había vivido tres meses seguidos en los territorios africanos. Para conocer de cerca los problemas ultramarinos realizó una larga visita a las colonias, con motivo de la inauguración del puerto de Luanda y del cincuentenario de la apertura del ferrocarril de Lourenço Marques. La estancia se prolongó entre junio y finales de octubre de 1945. Visitó Santo Tomé, recorrió parte del interior de Angola; viajó después en avión a Mozambique, con visita intermedia a Lusaka. En Lourenço Marques, donde aterrizó el 22 de julio, recibió al mariscal Smuts, a quien unos días más tarde retribuyó la visita en Pretoria. De nuevo en Mozambique, dirigió la salida de la expedición que habría de reocupar Timor tras la capitulación del Japón, y recorrió inmensos espacios, acercándose a los problemas de las poblaciones y de la administración colonial. Su propósito de desplazarse a Timor y Macao se frustró porque Lisboa no autorizó el viaje. Regresó por vía aérea a Angola a principios de septiembre, viajando de nuevo a otras zonas del interior de la colonia, donde recibió la noticia de la reocupación portuguesa de Timor. A principios de octubre conoció en Luanda que el día 6 había sido disuelta la Asamblea Nacional para proceder el 18 de noviembre a nuevas elecciones. Allí confeccionó la lista de los candidatos locales de la Unión Nacional, regresando a la metrópoli poco antes del acto electoral.

Como era de esperar, su paso por el Ministerio de Colonias dejó una importante huella de realizaciones. Confeccionó un notable levantamiento de informaciones y de fuentes históricas sobre la situación y los problemas coloniales. Elaboró un plan de fomento quinquenal para Angola, que debía dar continuación a otro ejecutado por su antecesor. Negoció una parte de su presupuesto mediante empréstitos a largo plazo de la Compañía de Diamantes y de la Caixa Geral de Depósitos, y logró que el Banco de Angola creara un Departamento de Fomento para proporcionar créditos agrícolas e industriales a medio y largo plazo. Con la colaboración activa y entusiasta de Humberto Delgado, que dirigía desde su creación en 1944 un Secretaría de la Aeronáutica Civil adscrita a Presidencia de Gobierno, puso en marcha la línea aérea comercial Lisboa-Lourenço Marques, inaugurada oficialmente en enero de 1947. En fin, en mayo de 1946 creó una brigada técnica de estudios y trabajos hidráulicos para dar respuesta a los problemas agudos de sequía en Cabo Verde.

Las advertencias a Salazar en los años de la guerra sobre la esclerosis política del régimen y su desvinculación popular, se habían visto confirmadas con la ofensiva opositora de la campaña electoral de 1945, que había cogido por sorpresa al Gobierno. El malestar social y el problema político de fondo continuaron después de las elecciones, como puso al descubierto la tentativa golpista de

Mealhada (10 de octubre de 1946). Según Marcelo Caetano, Salazar estaba personalmente desmoralizado y el régimen al borde del colapso. Los consejos de ministros, que por un tiempo tuvieron la periodicidad quincenal prometida por el Presidente del Consejo, volvieron a espaciarse. El insatisfecho ministro de Colonias creía que la actitud distante del ministro de Economía (Rafael Duque) y la falta de sensibilidad hacia las inquietudes de las bases locales de la Unión Nacional por parte del responsable de Interior (el coronel Julio Botelho Moniz, que había renovado todos los gobernadores civiles sin contar con los notables locales), aislaban socialmente al régimen y ahondaban el malestar de la población ante las dificultades económicas. Marcelo Caetano asumió la contraofensiva, tratando de insuflar fe en los seguidores del *Estado Novo* y de recuperar las posiciones sociales que estaba perdiendo aceleradamente. Insistió cerca de Salazar para que retomase la iniciativa política. Y en la Conferencia de dirigentes locales de la Unión Nacional, celebrada entre el 9 y el 11 de noviembre de 1946, donde los intervinientes expresaron una catarata de críticas abiertas que se cebaron sobre todo en la situación de la economía, pronunció un discurso, de estilo directo y desinhibido, que le consagró como verdadero líder en la pretendida renovación popular del aparato. «Este acontecimiento —escribiría más tarde.— fue importantísimo en mi vida política (...) Desde entonces, el ministro de Colonias pasó a ser, después del Presidente del Consejo, la principal figura política del Gobierno»

Para neutralizar la crítica «interna» y combatir la ofensiva opositora, que previsiblemente debería remontar el vuelo en las próximas elecciones presidenciales de 1949, Salazar remodeló una vez más el equipo ministerial. En esa remodelación Caetano tuvo, por deseo del propio Salazar, un papel decisivo, sacando al ineficaz Botelho Moniz de Interior y colocando a sus amigos Daniel Barbosa y Cancela de Abreu en Economía e Interior respectivamente. El propio Marcelo Caetano abandonaba el Gobierno para asumir la Presidencia de la Comisión Ejecutiva de la Unión Nacional, un puesto político y funcionalmente decisivo en su empeño por revitalizar socialmente al régimen

Sin embargo, los dos años que pasó al frente de la Unión Nacional (4 de marzo 47 a 31 de marzo de 49) frustraron sus tentativas dinamizadoras. Frente a su pretendido liderazgo político reformista del régimen, se alzaban las poderosas fuerzas del inmovilismo, personificado en la figura del Ministro de Guerra Santos Costa, molesto con la defenestración de su protegido Botelho Moniz y decidido a mantener desde el control de las fuerzas armadas la contundencia ortodoxa del régimen. Se interpusieron también los recelos —y acaso hasta los celos— de Salazar, nada dispuesto a dar pábulo a sucesores rebeldes, y, sobre todo, la inercia del concepto salazarista del poder que se comparecía mal con la estrategia de apertura del régimen a la sociedad a través del «partido» como pretendía su flamante líder. Marcelo Caetano había puesto en marcha enseguida de su toma de posesión una renovación del personal de la Unión Nacional, sustrayéndola al control de los viejos caciques electorales e introduciendo savia nueva mediante la incorporación de centenas de jóvenes —universitarios, estudiantes, empleados y hasta obreros—

sobre los que había ganado ascendente durante los años de propaganda y desde la dirección de la *Mocidade Portuguesa*. Su potencial clientela reformista se agrandaba. Pero el choque de estrategias y de facciones no se hizo esperar. La contundente actuación de la policía en los tumultos universitarios de mayo de 1947 y la consiguiente depuración de algunos profesores, entre los que se encontraba un amigo personal suyo, puso blanco sobre negro la incompatibilidad entre el poder y la reforma. Por solidaridad con el mundo académico, por razones de legalidad y de sensibilidad política Marcelo Caetano protestó abiertamente ante Salazar, suspendiendo de hecho sus funciones al frente de la Unión Nacional. Los incidentes académicos habían catalizado el encontronazo político, pero sus críticas —directamente expresadas al Presidente del Consejo— tenían mayor calado: había creído que el Gobierno pretendía sinceramente conquistar la opinión mediante una política de «libre debate de ideas»; que la Unión Nacional debía ser la intermediaria entre el pueblo y el Gobierno, explicando a aquél la política gubernamental y trasladando a éste las inquietudes populares; que, por tanto, habría una «íntima vinculación del Gobierno con el Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Unión Nacional para delinear conjuntamente la política general y ajustar a ella la acción cotidiana». Nada de eso se estaba produciendo, sino que su función se limitaba al ingrato papel de mero «intermediario entre la provincia y el Ministerio del Interior para la elección de gobernadores civiles y de presidentes de las cámaras». Aunque en los meses siguientes Marcelo Caetano abandonó de hecho la dirección del «partido», la sangre no llegó al río. A finales de octubre retomó sus funciones, después de que el propio Salazar le insistiera, de forma un tanto patética, para que no le abandonase, comprometiéndose a mantener entre ambos un contacto asiduo, a presidir una vez al mes la Comisión Central y a recomendar a los ministros que prestaran mayor atención a sus indicaciones. Menos convencido que activo, Marcelo Caetano retomó su tarea de revitalización de la Unión Nacional y de recuperación de las bases sociales del régimen, al tiempo que intentaba inútilmente convencer a Salazar para que en las inmediatas elecciones presidenciales sustituyera él mismo al anciano general Carmona en la Jefatura del Estado. Era una fórmula razonable para asegurar la continuidad sustancial del régimen sin cerrar las puertas al cambio. Aunque la inmensa mayoría de los notables de la Unión Nacional se pronunciaron a favor de la misma, Salazar fue tajante en su negativa: ni podía asumir una Presidencia de la República simbólica, ni aceptar que, a la inversa, siendo ésta fuerte, la del Gobierno resultara un títere de aquella. Las elecciones de febrero de 1949 renovaron sin problemas el mandato de Carmona después de que el candidato de la oposición, el general Norton de Matos, abandonara en vísperas del acto electoral una partida que el régimen nunca se hubiera dejado ganar. Requerido por Salazar para que no abandonara inmediatamente la dirección del «partido», Marcelo Caetano continuó algún tiempo hasta que a finales de marzo fue exonerado a raíz de un artículo que publicó en *A Voz* contra un decreto del ministro de Educación reformando el sistema de provisión de puestos docentes en la Universidad. Deseaba salir y vino a hacerlo marcando de nuevo el terreno crítico que había asumido de forma decidida.

Marcelo Caetano había contribuido con su impulso renovador a facilitar la complicada travesía del régimen en los años adversos de la euforia democrática de posguerra. No había ganado la batalla reformista, pero tampoco creía haberla perdido completamente. Sobre todo, había delimitado su significación política, su liderazgo aperturista, y había forjado una clientela, joven y universitaria, desde los estratégicos puestos de la Universidad —donde se mantuvo en los primeros años cuarenta—, desde la *Mocidade Portuguesa* y desde la Unión Nacional. Salazar no podía permitirse el lujo de dejar suelto a ese seguidor díscolo, cuya integración era además importante para equilibrar al sector «ultra» que seguía al ministro de Defensa, Santos Costa. En el sistema dictatorial de equilibrios estratégicos salazaristas, el incipiente «marcelismo» era una pieza inexcusable. Marcelo Caetano lo sabía y confiaba en sacar partido, si no en lo inmediato, al menos como inversión de futuro en una carrera política de fondo que, con poco más de cuarenta años y ya larga experiencia, estaba en inmejorables condiciones de disputar. Uno y otro, Salazar y Marcelo Caetano, siguieron apostando, con intenciones distintas, por la continuación de la colaboración.

A finales de 1949 Marcelo Caetano aceptó la presidencia de la Cámara Corporativa, de la que ya había sido procurador (1935-36) y vicepresidente segundo (1942-44). Era un escenario apropiado al desarrollo de sus conocidas ideas de corporativismo social y a las funciones de abierta discusión, debate y asesoramiento técnico encomendadas a la Cámara por la Constitución del *Estado Novo*. Era asimismo un foro propicio para ir ampliando el radio de sus influencias y de sus amistades políticas entre una joven tecnocracia que iba ganando posiciones en la administración y en los organismos económicos en tiempos de importante desarrollo y cambios sociales en el país.

Trabajó por dotar a la representación corporativa de instalaciones adecuadas; de personal propio y no dependiente de la Asamblea Nacional. Creó las *Actas de la Cámara Corporativa*, donde se publicaron los pareceres, que también comenzaron a reunirse anualmente en volúmenes. La variedad de representantes de profesiones e intereses sociales que pasaba por aquella institución, permitió a su Presidente acercarse más a los problemas de la sociedad y sin duda ganar respaldo popular para sus ambiciones políticas. Era también un foro de libertad que le satisfacía. Como los debates se celebraban a puerta cerrada, los procuradores podían expresarse sin demasiadas cortapisas. Aunque la Cámara Corporativa tenía, a través de la emisión de pareceres, una importante actividad de estudio, sobre todo en el terreno jurídico, su influencia en las decisiones de la Asamblea era más bien escasa, entre otras razones porque los disputados no podían digerir los voluminosos dictámenes de asesoramiento a las decisiones legislativas. Ni tampoco Salazar estaba dispuesto a permitir que la discrecionalidad de su poder se viera mediatizado seriamente. No tuvo en cuenta por ejemplo el parecer contrario de la Cámara, y del propio Marcelo Caetano, a la reforma constitucional que incorporaba el *Acto Colonial* a la Constitución, transformando el «imperio colonial» en «provincias ultramarinas». Marcelo Caetano continuó significándose por sus posi-

ciones críticas. El 23 de marzo de 1950 pronunció una importante conferencia en la Sociedad de Geografía, donde, después de criticar tanto la rutina del poder como los extremismos puristas de los revolucionarios y de los intelectuales, se manifestó rotundamente en contra de la creación de un Ministerio de Corporaciones, anunciado meses antes por Salazar, porque si el Estado corporativo debía ser «la expresión política de la Nación organizada corporativamente», no se comprendía «que las corporaciones se encuentren, dentro del Estado, en un compartimento aparte». El revuelo fue enorme. Los fanáticos de Salazar pusieron el grito en el cielo ante el «cisma» de aquel Presidente crítico. Y Salazar creó el Ministerio (1 de agosto 1950), «para mostrar —según Caetano— que quien mandaba era él».

Le utilizó, sin embargo, para encabezar la reacción a una grave intriga restauracionista tras la muerte del Presidente Carmona, en abril de 1951. La facción conservadora, acaudillada en la ocasión por el líder de la Asamblea, Mario de Figueiredo, organizó una verdadera conspiración para crear las condiciones de una eventual restauración de la monarquía. La personalización del régimen era tan fuerte que la desaparición de Carmona, y un día también la de Salazar, dejarían vacío el *Estado Novo*. Ahora podía ser la ocasión para concentrar en el Presidente del Consejo las dos magistraturas y disponer con tiempo el eventual relevo de regímenes. La maniobra en la Asamblea para postergar *sine die* la elección de nuevo Jefe de Estado fue neutralizada por la convocatoria electoral que colocó en la Presidencia de la República al general Craveiro Lopes. Y en la reunión en Coimbra del congreso de la Unión Nacional, en el inmediato mes de noviembre, Marcelo Caetano, de acuerdo con Salazar, puso término a la intriga restauracionista con un célebre discurso en defensa del régimen republicano como realidad política irreversible, que consagró su liderazgo reformista y consolidó la ruptura con la facción conservadora.

Sin perder nunca su posición en los márgenes tolerables del régimen, en 1955 Marcelo Caetano entró por segunda vez en el Gobierno, ocupando la complicada cartera de Presidencia. Aquella fue su apuesta más fuerte y arriesgada de intervención política. De nuevo Salazar trataba de neutralizar a la «izquierda» reformista, al tiempo que la utilizaba para contrarrestar a los *ultras*, fuertes bajo el paraguas protector del hombre del ejército, Santos Costa. Para Marcelo Caetano la nueva experiencia resultó más que decepcionante. Ya las circunstancias de su designación empañaron en origen las vidriosas relaciones con Salazar, porque en su propuesta de nombramiento se había empeñado con sospechoso calor el Jefe del Estado, Craveiro Lopes, que no había tenido empacho en aceptar la idea de que Marcelo Caetano pudiera ser el «delfín» del Presidente del Consejo. El propio interesado sabía de sobra que a esas alturas representaba ya una alternativa, y no se privó de declarárselo a Salazar, advirtiéndole de que, siendo así, su papel no podría reducirse al de un mero «jefe de Gabinete». El encaje entre ambos resultaría muy difícil. Y, además, con la significación «izquierdista» que tenía dentro del régimen, sobre todo desde el célebre discurso de Coimbra, su entrada en el Gobierno se interpretaría como «un acto de hostilidad a los monárquicos». El Presi-

dente del Consejo desoyó sus razones, y le aseguró una relación estrecha y fluida. Tendría libertad y sería una especie de *alter ego*. Caetano se dejó embaucar.

Su paso por el Ministerio de Presidencia dejó una impronta notable de realizaciones gubernativas. Tuvo, efectivamente, una relación estrecha con Salazar, que descargó en él la coordinación con los ministros y la presidencia de dos reuniones restringidas del Consejo, una para el comercio externo y otra para los asuntos económicos, celebradas con regularidad. En esos años decisivos del desarrollo de Europa y de la formación de la unidad europea, con la constitución del Mercado Común (1957), Marcelo Caetano fue desde el Gobierno el principal motor político del estrechamiento de las relaciones con los países occidentales y de la concomitante opción modernizadora. Presidió las delegaciones portuguesas en la OEEC y en la NATO, lo que le obligó a una relación frecuente con sus homólogos extranjeros. Impulsó con decisión la vía europeísta de Portugal, que vendría a concretarse más tarde en la incorporación a la Zona de Libre Comercio (1959), y acogió de buen grado la propuesta española (1957) para la creación de un espacio económico ibérico que, en sintonía con su viejo amigo López Rodó, retomaría una década más tarde, cuando en 1968 llegase a la Presidencia del Gobierno. Mantuvo siempre una estrecha relación con los medios académicos y universitarios españoles y, al contrario de lo que era habitual en los políticos portugueses, nunca mostró recelos ni, mucho menos, temores en relación con el Estado vecino. Fue decidido impulsor de la televisión, que entró en funcionamiento en 1957, siendo él mismo el primer miembro del Gobierno que la utilizó, y trató sin éxito de suprimir la censura de prensa, sustituyéndola por un modelo similar a la futura ley española de Fraga. Pero su labor más importante fue la ejecución de I Plan de Fomento y, sobre todo, la preparación del II, concluido en diciembre de 1958. Obra casi exclusivamente suya, que sólo podía encauzar alguien con su doble formación jurídica y económica.

Esos tres años en el Gobierno consolidaron su perfil aperturista y ampliaron extraordinariamente el núcleo de seguidores entre los miembros jóvenes de la moderna sociedad portuguesa que iba abriéndose paso: técnicos, economistas, universitarios. Y, naturalmente, reforzaron también el bloque de sus adversarios, salazaristas *enragés* y monarquizantes, aglutinados en torno a la referencia política del ministro de Defensa Santos Costa, y de algunos veteranos notables del régimen como Cancela de Abreu, Lumbrales o el apasionado Mario de Figueiredo. La incompatibilidad entre ambos «partidos» fue aumentando con las mudanzas de la sociedad y el planteamiento del horizonte futuro del régimen. La crisis de 1951 no había liquidado las tensiones ante una futurible restauración. En julio de 1957 Marcelo Caetano tuvo un serio encontronazo con el Presidente del Consejo cuando desmintió con rotundidad en unas declaraciones de prensa que en el encuentro de Franco y Salazar en Ciudad Rodrigo se hubiera abordado el tema del futuro del régimen portugués, porque en Portugal —había dicho— no existía ese problema. Salazar mandó censurarlas, fiel a su táctica de mantener una puerta abierta para no indisponerse con la facción *ultra*. Entre tanto, las indudables proclividades

«marcelistas» del Presidente de la República, Craveiro Lopes, que no descartaba la conveniencia de un relevo pactado de Salazar por Marcelo Caetano, añadían alarma a los conservadores, convencidos de que el eje implícito que formaban el Jefe del Estado y el ministro de la Presidencia daba vida a una trama conspirativa para poner punto final al salazarismo. Cuando Craveiro Lopes cometió la ingenuidad de sugerir un hipotético escenario en que el Presidente del Consejo pudiera ser sustituido, Mario de Figueiredo replicó alarmado que en ese caso el poder habría de devolverse al ejército. Salazar acabó por cortar el peligro desviacionista del Presidente de la República designando al oscuro ministro de Marina, Américo Tomás, como candidato oficial a la elección presidencial de junio de 1958. Marcelo Caetano, que apoyaba la reelección, era alcanzado de plano. Entendió muy bien que también iba por él la razón que Salazar había esgrimido ante Lopes para justificar su decisión de jubilarle: «a determinada altura comprendí que las izquierdas pretendían apropiarse de Su Excelencia convirtiéndolo en un hombre suyo».

Siguiendo su conocida estrategia de equilibrios internos, en la remodelación ministerial tras la elección del nuevo Presidente, Tomás, Salazar aplicó la decisión salomónica de sacar del Gobierno a los líderes de las dos facciones en pugna: Marcelo Caetano y Santos Costa. Caetano había vivido tres años políticamente atribulados. Parecía aliviado, dispuesto a regresar a la docencia y decidido a abandonar definitivamente toda responsabilidad política mientras Salazar permaneciera en la Presidencia. Durante más de tres lustros había tratado de rectificar el rumbo personalista y ensimismado del régimen, tornándolo más institucional, socialmente más representativo y más sensible a los rumbos de modernidad que exigían los tiempos, e indefectiblemente imponía el entorno internacional de Occidente. El resultado había sido nulo y su inversión personal había servido sobre todo a los intereses estratégicos del poder de Salazar. No solo por eso era saludable su retirada política en 1958. Principalmente porque la campaña huracanada del candidato opositor Humberto Delgado en las elecciones presidenciales había abierto una sima casi imposible de gestionar a los pies del anquilosado régimen salazarista, que en los cuatro años siguientes estuvo al borde del abismo. La sociedad más dinámica (clases medias urbanas, estudiantes, tecnócratas) le daba la espalda; la oposición, que había ganado en Humberto Delgado a un agitador incansable, a un temible propagandista internacional contra la dictadura y a un referente para el izquierdismo militar golpista, levantaba vuelos después de los tiempos apagados de la guerra fría; dentro del propio régimen, la cúpula militar, encabezada por el nuevo ministro de Defensa, Botelho Moniz, conspiraba (abril de 1961) para deshacerse de Salazar y controlar una evolución aperturista que diera también salida al *impasse* creado por la revuelta colonial, desencadenada a principios de 1961; y el medio internacional, que hasta entonces había tratado con benévola tolerancia a la profesoral dictadura portuguesa, comenzaba a tornarse incomprensivo y hasta hostil ante la sólida posición de resistencia que el Presidente del Consejo había decidido adoptar frente a los movimientos independentistas en las colonias. En Angola (1961), en Guinea (1963) y en Mozambique (1964), el régimen

se instaló en una guerra sin retorno, que era al tiempo su razón y su perdición. Porque ya no podía vivir ni con ella ni sin ella.

Durante toda una década Marcelo Caetano vivió alejado del poder, aunque atento a la política y cultivando siempre una imagen aperturista que le consagraba como el inevitable recambio del régimen para el día en que llegase a término la era del salazarismo. De forma completamente razonable, los conspiradores militares de abril de 1961 habían pensado en él para sustituir a Salazar. Y en abril de 1962 abandonó su puesto de rector de la Universidad de Lisboa en protesta por la violación policial del fuero universitario en los graves disturbios estudiantiles de aquella primavera. No era la primera vez — ya había acontecido en 1947 y en 1949— que su quisquillosa sensibilidad académica le llevaba a posicionarse abiertamente contra el poder. Su posición heterodoxa ante el problema colonial, que tenía maniatado al régimen, quedó también de manifiesto en un documento apócrifo de ese mismo año donde postulaba la adopción de un modelo federal. Y entre tanto, iba consolidándose un núcleo central del «partido marcelista» en las célebres reuniones del restaurante «Choupana», donde figuraban algunas de las personalidades de mayor relieve en su futura etapa al frente del Gobierno.

Cuando en septiembre de 1968 la irreversible dolencia de Salazar obligó al Presidente de la República, Américo Tomás, a designar sucesor, nadie, dentro ni fuera de Portugal, se extrañó de que el nombramiento recayera en Marcelo Caetano. Porque no había nadie con su experiencia, sus conocimientos, su prestigio y su acreditada vocación reformista. Nadie tan implicado con el régimen y a la vez tan independiente de Salazar. Llegaba al poder con 62 años; casi cuarenta después de haber iniciado su colaboración con el régimen. La bandera de su reformismo fue por un momento la esperanza de todos: de los partidarios del régimen para mantenerlo; y de los adversarios para derribarlo. Únicamente él creía con sinceridad en la reforma, que por eso era imposible. Y un buen día, en el poder, pudo descubrir que el célebre *vae soli* del clásico estaba señalándole.